

Cuba: Historia de mujeres invisibles

Por Sara Más

Servicio de Noticias de la Mujer

La Habana, agosto (Especial de SEM).- La mayoría de las cubanas de la llamada "edad mediana" trabajó bastante o lo sigue haciendo, en la calle y en la casa. Muchas tienen hijos, un grupo nada despreciable se ha casado o unido más de una vez y otro tanto se encarga, a solas, de sostener a su familia.

Sin embargo, ellas no suelen aparecer en los anuncios publicitarios ni protagonizan los programas televisivos, a no ser en los papeles de madres y abuelas, casi siempre regañonas.

Tampoco se abunda públicamente en sus problemas y necesidades, y hasta suelen pasar inadvertidas por cualquier acera. "Nadie nos dice un piropo ni repara en nosotras. Nadie nos ve; somos mujeres invisibles", asegura Leonor González, profesora de inglés de 57 años.

No obstante, ellas siguen siendo un segmento numeroso y creciente en las estadísticas de una población de 11,2 millones de habitantes, que tiende cada vez más a envejecer. Actualmente más de un millón de cubanas transitan entre los 40 y los 59 años.

Ellas se encuentran, además, en el centro de la dinámica familiar y soportan, de una u otra forma, la reproducción social de su parentela, extensiva a veces a las de sus esposos.

"Cuando cumplí 55 años decidí no jubilarme todavía porque al menos mientras trabajo me ocupo en algo que me gusta hacer, salgo de la casa y no me estanco", asegura González, madre de una profesional de 43 años, abuela de un joven de 16 y una niña de 10, e hija de una anciana de 80 años, que conviven con ella en la misma vivienda.

González asegura que en su casa "todo el mundo hace su poquito", pero reconoce que el peso mayor recae sobre sus hombros. Ella le paga a una vecina para que cuide a su madre hasta las cuatro de la tarde, hora en que llega del trabajo, se ocupa de su baño y su comida, "además de hacer las compras y atender a mis nietos los días en que mi hija se complica en el trabajo", relata.

Un estudio que indagó sobre la situación de las cubanas entre los 40 y 59 años de edad reveló que el 38 por ciento de los núcleos familiares evaluados estaban regidos por figuras femeninas, quienes, además, eran las máximas responsables económicas del hogar.

Los resultados de la investigación, divulgados en mayo último, durante el III Congreso de Longevidad Satisfactoria, en La Habana, indican que el hecho de

mantener a la familia no excluía a esas mujeres del resto de las funciones y tareas hogareñas.

Aunque no es una ley escrita, las cubanas siguen asumiendo --por tradición y dictados culturales-- el papel de cuidadoras familiares. Después que cumplen los 40 años, el panorama se les complica todavía más, pues una buena parte agrega a sus funciones habituales de trabajadoras y amas de casa, las de madre, esposa, hija, nuera, sobrina, tía, ahijada o abuela, entre otras.

Lo curioso es que ellas mismas no suelen estar incluidas en la larga lista de deberes y atenciones familiares y quedan, finalmente, en "terreno de nadie". Nadie cuida de ellas, y ellas tampoco. De modo que en casa también parecen ser "mujeres invisibles".

El tema inquieta a especialistas de diversas ramas, preocupados, además, por el impacto de esta subvaloración personal y social en la salud femenina en esa etapa, cuando sobrevienen otros eventos asociados al ciclo vital, como el climaterio y un cúmulo de tensiones, tampoco atendidos adecuadamente, que derivan incluso en enfermedades crónicas y peligrosas, como la hipertensión.

Al inventario de pesares se añaden los relativos a la sexualidad, otra esfera desatendida por las propias mujeres y sus parejas, cuando no reducida a mitos y tabúes que agregan nuevas insatisfacciones a la existencia cotidiana, en detrimento de su salud mental y física.

Si bien algunas asimilan adecuadamente que el fin de la capacidad reproductiva no implica renunciar al placer sexual ni al erotismo --sino todo lo contrario--, otras creen que, con la edad, se pierde toda posibilidad de disfrute.

Así lo comprobó una indagación entre 21 mujeres de esas edades, en la comunidad rural Cuatro Caminos, en la provincia de Camagüey, a 533 kilómetros de la capital.

"Las mujeres estudiadas reservaron sus primeras relaciones sexuales para el matrimonio, siendo aún adolescentes; conocen el orgasmo, aunque se culpan de las dificultades que han tenido con él y no todas se han logrado despojar del mito de la pasividad femenina en la actividad sexual", concluyen los autores del estudio Historia sexual en mujeres de edad mediana de una comunidad rural.

La investigación constató, además, que existen serios tabúes asociados a la autoestimulación, la esterilización quirúrgica y la histerectomía.

Celia Sarduy, psicóloga y estudiosa de los temas de la salud femenina, identifica algunas incongruencias cuando muchas mujeres se quejan de malestares sexuales y, en cambio, no demandan atención ni ayuda al respecto.

En opinión de la especialista, se trata de comportamientos asociados, fundamentalmente, con el cumplimiento de los roles reproductivos y a que "las mujeres hemos tenido una socialización muy restrictiva en relación con el ejercicio de la sexualidad".

Entre los mitos y esquemas más frecuentes, Sarduy cita la creencia de que sólo las jóvenes tienen derecho a disfrutar la sexualidad, que la masturbación femenina es negativa y la sexualidad se reduce en climaterio y desaparece en la vejez. “Se asocia todo el tiempo a la capacidad reproductiva”, explica.

Entre los aprendizajes que estas mujeres necesitan, menciona la necesidad de elaborar sus propios duelos: el de la maternidad, porque no va a tener más hijos; el de un cuerpo cambiante, que pierde la firmeza de las carnes y la tersura de la piel; el de la competencia de espacios en el trabajo y en el hogar; el del “nido vacío”, cuando los hijos se van y el del “nido atestado”, cuando traen a vivir a casa a sus nuevas familias.

Entre los mayores desafíos de Cuba está el paulatino envejecimiento de su población, una situación demográfica que se combina con muy bajos índices de fecundidad y natalidad, la reducción de la población, el aumento de la esperanza de vida y el avance de la edad media hacia valores cada vez mayores.

“La edad mediana se ha envejecido en cuatro años, resultado, fundamentalmente, de la disminución de la fecundidad y la reducción notable del número de nacimientos”, ha señalado Juan Carlos Alfonso Fraga, director del Centro de Estudios de Población y Desarrollo, adscrito a la Oficina Nacional de Estadísticas.

Pero más allá de alarmarse, las especialistas y profesionales interesados en el tema identifican en estas mujeres un poder valioso para generar el cambio, en la medida que puedan reconocer sus necesidades e influir en los cambios de estilos de vida al interior de sus propias familias, sobre todo si cuentan con el apoyo requerido desde los servicios sociales y de salud.

Las mujeres son las que, al final, se ocupan, por ejemplo, de preparar los alimentos, cuidar a los enfermos, atender los reclamos familiares, y pueden ir variando la dinámica desde sus propias perspectivas y necesidades, añaden.

Con ello coincide la profesora Leonor González. Aun en medio de presiones de todo tipo, necesidades materiales y agobios familiares, ella ha empezado a frecuentar a viejas amigas con las que hacía años ni hablaba.

En ocasiones van al cine, otras a la playa y hasta se han turnado la responsabilidad de preparar comidas los fines de semana, como pretexto de encuentros amistosos.

“A veces no tenemos a dónde ir pero, al menos, nos vemos y conversamos, nos tomamos un respiro o un café y pasamos un buen rato. Así buscamos un tiempo para nosotras y no seguimos quedando para el final”, asegura.
(fin/sem/05/mrc-da-zp/1.291 palabras/6.405 caracteres)